

XLI

Don Miguel de Unamuno ha sido mantenedor en los Juegos Florales de Pontevedra. Algunos periódicos han publicado un ligero extracto de su discurso. Por lo substancioso de ese extracto pensamos que más detenida consideración merecían las palabras del más vehemente pensador español.

Unamuno es siempre interesante, porque no deja reposar su entendimiento á la plácida sombra de una idea, por agrado y comodidad que la plácida sombra le ofrezca. Él busca y encamina hacia la verdad; pero como Cristo, es la verdad, es el camino y la vida; esto es, la verdad en marcha; mejor dicho: marcha hacia la verdad.

Él sabe que la inercia no es una virtud, aunque muchas cosas sean por virtud de la inercia. Para él no existe el dualismo estudiado por Bøergson en su filosofía, hoy á la

moda: actividad de la parte más noble y más espiritual de nuestro ser; contrarrestada por la inercia, la tendencia al reposo de la parte más baja y material. En Unamuno todo es actividad, todo evolución creadora, como afirma Boergson.

Tan sabio es Unamuno, que sabe muy bien lo que importa saber hoy en España antes que todo.

En otras partes, en España misma, quizá en otros tiempos, pudiera blasonarse de sabio y de filósofo, fuera del tiempo y aun del espacio, con miras muy sobre las contingencias del momento. Hoy en España hay que ser español antes que todo. Necesitamos afirmarnos con fuerza sobre nuestro suelo, hasta echar raíces en él, si no queremos aletear como atontados al emprender el más tímido vuelo.

Por eso Unamuno se afirma cada día más en la tierra española, y por ser buen patriota es hasta gubernamental y hasta conservador.

Su discurso de Pontevedra debe ser meditado por todos. Descorazona pensar que, si el mantenedor hubiera sido uno de nuestros políticos profesionales y en su discurso hu-

quiera volcado una vez más los tópicos de toda su carrera política, el discurso hubiera sido comentado como transcendental.

Cierto que las tonterías de un político tienen más importancia, por lo mismo que son más peligrosas. Un político tiene medios para realizar sus tonterías. Los certeros atisbos de un pensador... allá se quedan. Golpean dentro la caja de su cerebro, brotan en palabras de luz, golpean alguna frente, algún corazón y por lo pronto eso es todo. Sólo que al fin, palabras y pensamientos, aun los más callados, son más creadores que las vanas acciones.

Unamuno, en su discurso, ha defendido la autoridad del Estado central, contra las aspiraciones regionalistas, desatadas en estos últimos tiempos. Tiene razón. Con todas las imperfecciones de institución humana, el Estado central es el único justiciero, el único desinteresado entre las pasiones y los intereses de las regiones y de los particulares. El regionalismo, como el individualismo, vienen á sentar en suma, como principio social y jurídico, lo que el sentido popular en la vulgar sentencia: Justicia, y no por mi

casa. Es decir: Justicia á mi favor y nada de justicia si ha de perjudicarme.

La mayor parte de las injusticias, de los abusos que las regiones lamentan, las consiente el Estado á instancias y bajo la presión de esos mismos que claman contra él... cuando no les sirve á su gusto.

Es antigua dolencia. Ya Don Juan II en respuesta á las Cortes que le pedían de continuo redujera los gastos del Reino, les decía muy cuerdamente: *«Es verdad que yo conozco que esto que vos decidis es así; pero alguna vez he comenzado de lo ordenar é todos vosotros é cualquier de vos me pide merced por los suyos, en guisa que nunca ha fin.»*

Del mismo modo, en nombramientos de autoridades, en elecciones, en obras públicas, en todo, en fin, cuando hay desacierto, ¿procede del Estado ó procede de la misma región agraciada? Y esa fuerza caciquil que la región manda al Estado, porque fué allí donde pudo nutrirse y afianzarse, ¿será menor cuando el Estado más débil aun pueda menos oponerse á ella?

Creo que las palabras de Unamuno en su

discurso de Pontevedra son para meditadas por nuestros débiles gobernantes, dispuestos á debilitar la Soberanía del Estado, cuando es más urgente afianzarla á toda costa porque... ¡ciego estará el que no vea en el problema de Marruecos lejanías oscuras que sólo el más acendrado patriotismo puede afrontar sin turbación!

¿Qué es ello?, preguntarán algunos. Si todo va bien... Ello es... algo que está en el aire, algo que se respira y se presiente, algo... de que hoy sería antipatriótico hablar, pero más antipatriótico que mañana nos sorprendiese desprevenidos.



Entre los empresarios y los artistas del género llamado *varietés*, con gran impropiedad, pues no hay nada menos variado, hay gran revuelo á consecuencia de haber elevado la Sociedad de Autores los derechos correspondientes á letra y música de las coplillas, bailables y demás números, ordinario programa de los teatrillos á ese género destinados.

Mis aptitudes financieras no me permiten apreciar lo equitativo ó lo desproporcionado de la nueva tarifa. Lo que sí puedo apreciar por larga y propia experiencia, es que, en negocios teatrales, el dinero más discutido, más regateado y más llorado por los empresarios, es el dinero del autor.

El alquiler de los teatros, los sueldos de los artistas, la presentación de las obras, los impuestos y contribuciones, todo ha subido en estos últimos años, más rápida y menos jus-

tificadamente que los derechos del autor, pues los empresarios que han visto sin alarma todas esas subidas, sólo se revuelven indignados cuando los autores elevan la tarifa de sus derechos.

En los teatros, más que en parte ninguna, es necesaria la solidaridad. Ni sería justo que los autores menospreciaran el trabajo del actor ni éste el de aquéllos. Ni los actores podrán ser sin obras, ni las obras teatrales pueden hallar manifestación adecuada sin el trabajo de los actores. No hay para qué ponerse en pugna, ni á más valgo yo, ni á yo solo me basto.

Muchos son los autores que deben estar agradecidos á los actores, que con acertada interpretación supieron avalorar una obra. Muchos también los actores que al acierto de algún autor debieron el ser conocidos y apreciados del público.

En el teatro no hay quien pueda decir como Luis XIV: el Estado soy yo. Si acaso, el público es el único que pudiera decirlo con alguna razón. En ocasiones, el pintor escenógrafo ó el sastre.

Ya es bastante para cuantos del teatro vi-

ven tener que luchar con el público, más benévolo que severo, pero de tan caprichosa benevolencia, que viene á ser el peor modo de la injusticia. Si sobre pelear con el público, se ponen á pelear entre ellos...

El autor es siempre molesto en el teatro. Si fracasa, por haber fracasado; si triunfa, porque se teme ver en él un tirano, un dictador de empresas y actores. El dinero de sus derechos siempre parece excesivo; cuando las entradas son malas, porque el dinero de la entrada es poco; cuando es buena, porque el dinero del autor es mucho.

Si de funciones de aficionados ó de beneficencia se trata, no digamos. Nada se regatea, todo se paga, á nadie se pide rebaja ó dispensa en el importe de su trabajo: sólo los derechos del autor molestan; sólo al autor se le pide la cesión de ellos, como si la obra representada lo fuera por un favor especial al autor, que aun debe agradecerlo.

Señoras hay, organizadoras de funciones benéficas, que sobre pedir la cesión de los derechos, todavía envían una butaca al autor... y se la cobran, y ni le dan las gracias. O le muestran su agradecimiento con pedir

á la empresa, en días de abono, la supresión de alguna obra del mismo autor que no les cae en gracia por atrevida, ó lo más corriente, por tristonera, que esto de intentar conmovér ó dar que pensar en el teatro, es lo más atrevido para cierto público.

Yo no sé si llevan razón los agraviados empresarios de *varietés* en este pleito con la Sociedad de Autores. Si creen que la Sociedad es injusta, á la mano tienen el remedio. Las sesiones de cinematógrafo les proporcionan pingües ganancias con menos dispendios. Sigán explotando el filón. El público del *cine* no hila tan delgado como el del teatro ni respecto á moralidad, ni á sensiblería ni á terrorismo: con todo embarca. Hay películas que... ¡ Válgame Dios la que se armaría si fueran comedias!

En película tolera el público hasta los monólogos largos. De abrazos y besuqueos no hablemos. Yo creo que en película podría representarse hasta aquella famosa pantomima: el Rapto de las Sabinas—cuya primera escena era la siguiente, según acotación.— Escena primera: los romanos expresan por sus ademanes que carecen de mujeres.

XLIII

Como alto ventanal que recoge en sus vidrieras de luz del sol poniente y en su marco prolonga el atardecer de oro, cuando ya la noche es llegada, Salamanca es, de todas las ciudades castellanas, la que recogió y guarda todavía, como en ocaso otoñal, los resplandores del Renacimiento que apenas alboreó en Castilla.

Amanecía luminoso en tiempos de Don Juan II, con esplendores de Italia; mas pronto la severidad de los Reyes Católicos supo infundirle austero espíritu castellano. Revivió después, con Carlos V, en glorias imperiales, hasta que la Reforma consiguió imponerse á sus mismos perseguidores, y ante el sayal de Lutero anocheció vergonzoso el Renacimiento. A Lutero le debemos la hipocresía: mató el espíritu y restauró la letra.

Salamanca diríase la morada de un noble

señor castellano que hubiera guerreado en Italia ó allí hubiese servido de embajador y á su vuelta hubiera juntado con raro acierto elegancias severas de Castilla y risueñas galanuras de Italia, como se juntaron en los retratos del Tiziano, el más español de los pintores de Italia: por eso en su pintura halló sólido fundamento, no deleznable como en imitación caprichosa de un estilo, lo mejor de la pintura española. Salamanca es la ciudad más italiana de España. Pero es como un ocaso, como un otoño del Renacimiento italiano. Parece una noble dama arrepentida de sus liviandades, cuando todavía era joven y hermosa.

Tal vez por eso alienta en su espíritu— ¡oh, el espíritu de las ciudades!—un aliento de rebeldía, el que alentó en nuestros místicos que por ella pasaron, siempre sospechosos de herejía. Fray Luis de León, Santa Teresa, Fray Luis de Granada, todos ellos fueron más allá de la letra y más allá del espíritu de la Iglesia Católica. Supieron retroceder á tiempo, pero todos volaron más alto.

¿Y qué diremos hoy del espíritu inquieto y rebelde de don Miguel de Unamuno? Por

fortuna suya, no depende de orden religiosa ni de partido político.

Por cierto, que un periódico de provincias me honra al unir mi nombre en el de don Miguel, bajo el epígrafe «Tonterías de los grandes hombres». Muchas gracias, no aspiraba á tanto. La tontería es la de habernos mostrado partidarios del poder central del Estado. No hay duda que la tontería es exclusivamente nuestra y de nuestra particular invención.

Dice el periódico que el caciquismo provinciano tiene su raíz en Madrid. Es posible. Pero yo no sé que los Gobiernos nombren caciques de Real orden. Aceptan y soportan al que ya lo era por conveniencia ó interés ó debilidad regionales, y, naturalmente, se sirven de él á cambio de servicios. Cuando un cacique empieza á ser cacique en Madrid, puede asegurarse que llevaba muchos años de serlo en la provincia.

Ahora, que cuando no hemos empezado á ser nación, queremos hacernos migas y volver al sistema de tribus... Pues adelante, y... hablemos de cosas más gratas. Ya veremos al final quién llevaba razón.

¡Ah! Cuando ese periódico provinciano supone que yo, con elogiar á don Miguel de Unamuno, trataba de comprometer sus elogios con ocasión de mi visita á Salamanca, sólo demuestra que no conoce á don Miguel ni me conoce á mí.

Don Luis Maldonado—sin adjetivos, para no disgustar á nadie—nos preparó una visita al Huerto de Fray Luis de León. Fué una verdadera fiesta del Renacimiento, regalo del cuerpo y del espíritu. Allí se leyó la oda de Fray Luis *La vida del campo*. Yo fui el lector indigno, y no pude menos de ruborizarme al leer aquello de *A mí una pobre mesa me basta*, etc., ante la imponente batería de viandas y de botellas que se ostentaba á nuestra vista.

Leyéronse también poesías de Galán, y el canónigo don Dámaso Ledesma, recopilador doctísimo del «Cancionero Salmantino», nos conmovió y nos regocijó alternadamente, haciéndonos oír canciones y tonadas populares, amorosas unas, todas delicadeza ó graciosa malicia, trágicas otras, burlonas, como la elegía del Tururú á la muerte del burro del vinagrero. Entre ellas, oímos el roman-

ce de Gerineldo, con tanta poesía glosado dramáticamente por Cristóbal de Castro y Enrique Alarcón en su aplaudida obra *Gerineldo*.

Fueron unas dulces horas de amistad y poesía, de las pocas que suelen pasarse en la vida sin ofensa de Dios ni de los hombres.

Fray Luis de León nos habrá perdonado la amable mesa tan regalada, en gracia del fervor espiritual en que abrasamos por unas horas todas las pasioncillas, las miserias, las ruindades de cada día.

Nuestras almas fueron por la escondida senda, y no fuímos solitarios ni desengañados del trato humano: fuímos como amigos fraternales, creyentes en la bondad y en el amor de todos...

¿No será la eternidad de nuestras almas como una de estas horas que el alma quisiera eternizar?



XLIV

Cromwell estimaba en su justo valor las aglomeraciones populares, cuando, al entrar triunfante en Londres, como alguien le llamara la atención sobre la multitud que por todas partes se agolpaba á su paso, replicó de antemano desengañado:

—La misma gente acudiría si me llevaran á ahorcar.

Por esta y otras razones no es bueno apreciar por lo numeroso de la concurrencia el valor de las alegrías ó de las tristezas populares. En Madrid hay gente para todos los espectáculos callejeros, regocíjados ó lastimosos. Medrados estaríamos si los sentimientos populares no tuvieran más exacta valuación que la concurrencia. De ese modo, ¿quién podría disputar á los toreros la más alta estimación popular? Por fortuna, el pueblo sabe distinguir, aunque lo mismo acuda á una fiesta que á un entierro y lo mis-

mo al entierro de un torero que al de un hombre político, al de un artista que al de un general.

La verdad de su sentimiento hay que buscarla, no en sus manifestaciones bullangueras, sino en lo más hondo de su sentir. En lo que calla más que en lo que dice. Para el pueblo, más que para nadie, es la hora de la muerte la hora de la verdad. Cuando el pueblo ve pasar el cadáver de un personaje conocido y por todo comentario pone un silencio respetuoso, bien puede asegurarse que el muerto había sabido ganarse la estimación de las gentes.

Verdadero ha sido el sentimiento del pueblo de Madrid por la muerte de la infanta María Teresa. La hora de la verdad ha sido para la joven princesa en boca de su pueblo como tantas horas de lisonjas cortesananas en vida. ¿Qué mejor elogio puede hacerse de una princesa cuando lisonjas de corte y verdades del pueblo están acordes en sus alabanzas?

Madrid, que es el pueblo más democrático del mundo; Madrid, que en el fondo no es nada monárquico, sin que esto quiera decir

que sea muy republicano, ha sido siempre muy amante de sus princesas. Hasta los más exaltados republicanos, los que nada conceden á los varones dinásticos, dulcifican su furia antimonárquica ante las damas de la dinastía. Esto es muy español. En España, los devotos son más devotos de vírgenes que de santos, y los descreídos creen menos en Dios que en la Virgen María.

El pueblo madrileño siempre ha tenido gran cariño á sus damas ilustres, de la Real familia ó de aristocrático linaje. Si ellas son buenas, las quiere y las respeta; si son de las que dan que decir, celebra y perdona sus debilidades como una gracia permitida. Y las quiere, no deslumbrado por el rango; al contrario, pone tanta familiaridad en su cariño que suele denominarlas sin pizca de respeto por algún donoso mote, ó anteponiendo un *la* chulesco al ilustre nombre de su casa. El pueblo madrileño siempre dijo: la Medinaceli, la Fernán Núñez; aun dice hoy: la Squilache. Y no hay menosprecio en ello, antes muy cariñosa estimación.

Tanto quiere el buen pueblo madrileño á sus nobles señoras que, aun en días de mo-

tines y revueltas populares, nadie intentó ofensa ni atropello contra sus casas ó sus personas. El pueblo madrileño ni en las mayores convulsiones revolucionarias sería capaz de llevar á sus duquesas al patíbulo, como los revolucionarios franceses.

Las quiere, sobre todo, por madrileñas. Sí, antes que nada, estas princesas de su cariño, estas nobles señoras de su aristocracia, son para el pueblo de Madrid madrileñas. Por madrileña, más que por infanta de España, es la infanta Isabel, la muy amada de todos los madrileños; por madrileña, amábamos en Madrid á la infanta María Teresa, y era para todos como la niña predilecta de esta casa grande, que es el buen pueblo de Madrid, en donde tanto se murmura y tanto se calumnia unas veces y tanto se aclama y se aplaude otras, pero en donde, al cabo del año, todos estamos en nuestro verdadero sitio y en nuestra verdadera estimación, porque en parte alguna como en Madrid hay tan alto espíritu de justicia.

Si de algún pueblo puede decirse que su voz es la voz de Dios, es del madrileño. Nunca puso rencores ni tesón en sus apasiona-

mientos. El que oiga al pueblo madrileño al pasar de un entierro, puede escribir sin temor á equivocarse la vida del muerto.

Al pasar el entierro de la infanta María Teresa, sobre el silencio, que es eternidad, sólo se oía decir: «¡ Era muy buena! ¡ Era muy buena!» Y aquel respetuoso silencio y estas palabras como de oración, eran la eterna gloria para el alma buena de la infanta María Teresa, la infanta madrileña.



Los hemos sido jóvenes, todos hemos sido impacientes, todos nos hemos creído víctimas de alguna persecución conjurada en contra nuestra. Después, hemos aprendido que es bueno esperar y nos hemos reído de esas ilusorias persecuciones. Todo llega a su hora, mejor dicho, todos llegamos a nuestra hora; porque no se trata de esperar con pataleo impaciente, sino de ir caminando con paso firme, seguro, reposado.

A mí me parece muy natural la impaciencia de los autores noveles: disculpo con benevolencia su delirio de persecuciones. Sé que mis palabras no han de convencerles... por ahora. Años después, cuando unos hayan logrado sus aspiraciones, cuando otros se hayan convencido de que sólo fueron víctimas de una falsa vocación, tristes inspirados por esa *musa loca* cuya funesta inspiración tan acertadamente nos presentaron los

Todos hemos sido jóvenes, todos hemos sido impacientes, todos nos hemos creído víctimas de alguna persecución conjurada en contra nuestra. Después, hemos aprendido que es bueno esperar y nos hemos reído de esas ilusorias persecuciones. Todo llega a su hora, mejor dicho, todos llegamos a nuestra hora; porque no se trata de esperar con pataleo impaciente, sino de ir caminando con paso firme, seguro, reposado.

A mí me parece muy natural la impaciencia de los autores noveles: disculpo con benevolencia su delirio de persecuciones. Sé que mis palabras no han de convencerles... por ahora. Años después, cuando unos hayan logrado sus aspiraciones, cuando otros se hayan convencido de que sólo fueron víctimas de una falsa vocación, tristes inspirados por esa *musa loca* cuya funesta inspiración tan acertadamente nos presentaron los

hermanos Quintero en una de sus más aplaudidas comedias, todos comprenderán, unos ufanos, otros desilusionados, que no eran ellos los que tenían razón.

Los autores noveles recelan de los autores á quienes ellos llaman «consagrados». Créense víctimas de conjuraciones urdidas por los autores de nombre para cerrarles las puertas de los teatros.

En el periódico *La Tribuna* leí uno de estos días un artículo en que se hablaba de una supuesta conjuración de algunos autores para impedir que nadie, si no eran ellos, estrenasen obras en el teatro Cervantes, dirigido por el excelentísimo actor Simó Raso.

Estoy seguro de que el propio autor del artículo no cree ni puede creer en esa imposición á una empresa. No, de veras. ¿Nos ven ustedes á los hermanos Quintero, á Linares Rivas, á Martínez Sierra y á un servidor de ustedes reunidos como conspiradores, según expresa el artículo? ¿Nos ven ustedes presentarnos con nuestro *ultimatum* á Simó Raso? Y á todo esto sin ofrecerle nada en efectivo en cambio. ¡Sí que nos hubiera puesto buena cara, aunque hubiera procura-

do disimularla con la más amable sonrisa teatral!

Ahí está el cartel para decirnos el lucido papel que hemos hecho como conspiradores. Dos obras van estrenadas en Cervantes, las dos de autores jóvenes, noveles. Y en la temporada anterior, ¿no fué lo mismo?

El verdadero interés de las empresas está en que aparezcan nuevos autores, y si en efecto aparecieran, crean ustedes que todas nuestras conjuras serían inútiles. Como le dijo su bufón á un rey tirano, que, temeroso de que alguien pudiera atentar contra su vida para sucederle en el trono, mandaba asesinar ó condenaba á muerte á to to sospechoso: «Señor, por muchos que hagáis matar, no mataréis nunca al que ha de sucederos».

Yo he dicho en otra ocasión, lo repito ahora: el mayor enemigo del autor novel es... el mismo autor novel. Pongan muchos de ellos la mano en su conciencia y digan en verdad: ¿Por qué escriben para el teatro? Muy pocos por verdadera vocación, por verdadero sentimiento del arte dramático. Los más porque el teatro da dinero; otros por

vanagloria de que suene su nombre; otros por distracción de su ociosidad; otros... porque ven una obra detestable en el teatro y piensan equivocadamente: «Yo lo hago mejor». Y lo hace mejor, en efecto, pero un mejor que es peor para el efecto escénico; porque en el teatro hasta lo malo necesita un punto especial de maldad.

De cuantos escriben para el teatro, ¿cuántos escriben por verdadera satisfacción espiritual? ¿Cuántos han estudiado las dificultades del género dramático? ¿Cuántos acuden á la representación de una obra dramática ó la leen en su casa, con desapasionado interés de estudiarla? No, antes de estudiar, ya desprecian: «¡Esto es una imbecilidad! ¿Cómo se aplaude esto? ¿Qué hay aquí de particular?»

Yo sé de quien había dicho pestes de todas mis obras y después me confesó que no conocía ninguna. Le regalé unas cuantas para que hablara peor, pero con motivo.

En fin, para los impacientes: diez ó doce obras había yo presentado á don Emilio Mario antes de que me admitiera una por menos mala. ¿Tiempo? Seis ó siete años. Mal

acogida por el público y mucho peor por la crítica; para estrenar la segunda tuve que luchar con mayores dificultades. Por cierto, que esta segunda estaba escrita mucho tiempo antes que la primera. Cuando se estrenó, algunos críticos advirtieron que de la primera á la segunda, por orden de estreno, se advertían innegables progresos.

Años después, aquella primera comedia, casi rechazada por el público y maltratada por la crítica, se estrenó en Italia, con el reclamo consiguiente á cargo del traductor, como obra de un autor español de renombre. El público y los críticos italianos tenían derecho á ser exigentes, tanto más cuanto la obra no podía ser de un interés extraordinario para un público que admira de continuo las obras maestras de su teatro propio y del teatro extranjero. Y, no obstante, ¡ya hubiera querido yo para mi estreno de autor novel las amables críticas de los italianos para el autor que á ellos llegaba ya como consagrado! Confieso que es de las pocas veces que he sentido en mi vida algo así como tristeza de ser español. Pero aquello pasó pronto. Y todo pasa. Y todos hemos podido

creernos alguna vez perseguidos por implacables enemigos. Pero, creedme, vosotros los que soñáis con esas conjuras tramadas por los que hemos luchado tanto como vosotros: el que en verdad es artista de raza, el que *lleva algo dentro*, como ahora se dice, nunca le sienta mal el delirio de grandezas. Pero el delirio de persecuciones quédese para los pobres de espíritu, para los débiles, para los vencidos de antemano.



XLVI

Como satisfacción momentánea de una curiosidad, habrá sido un acierto la exhibición real y efectiva de Max-Linder y de Toribio. Pero, ¿no será en detrimento de su prestigio para lo sucesivo? El cinematógrafo es el teatro ideal, el teatro de ensueño: quizá porque nada sabemos de sus actores ni de sus autores. ¡Cuántas veces en el teatro nos impide toda ilusión el sobrado conocimiento! ¿A quién convencerá tal damita ingénuo declamándonos de su virtud perseguida? ¿Cómo ha de persuadirnos la otra primera actriz de sus gracias juveniles, si su fe de bautismo está registrada con mayor fidelidad que en la parroquia, en carteles de teatro y ejemplares de comedias?

Cierto que también puede darse el caso contrario. Como decía un insigne escritor amigo mío, al ponderar la excelente interpretación que daban dos actrices muy estima-

bles á sendos papeles de *cocottes*: «Están muy bien, muy bien, y luego, ¡ su vida privada convence tanto!» Mas, lo corriente es que la vida privada vaya de una parte y la ficción teatral por otra. ¡ Si pudiera uno contar con artistas cuya existencia real fuera un misterio! ¡ Si uno mismo pudiera ser siempre el oculto, el ignorado! Y ¡ si la obra toda pudiera presentarse con esa real idealidad de la película cinematográfica! Una verdad que no es la verdad. ¿No es eso todo el Arte?

Pascal decía de la pintura que era un extraño arte, pues nos hacía admirar muchas cosas que ninguna admiración nos causarían en la realidad. Lo mismo puede decirse del teatro.

Obsérvese el regocijo que produce la presentación escénica de un caballo, de un perro, de un automóvil. ¿Por qué? ¿Es el animal, es el coche lo que causa nuestra admiración? Por las calles los vemos á todas horas con indiferencia. Lo que causa nuestra admiración es que, aun sin darnos cuenta, pensamos en la dificultad de presentarlos en escena. La dificultad vencida, ese es todo el secreto de nuestra admiración.

Si no fuera difícil este arte de representaciones que es el teatro, todo el mundo compondría comedias con verdaderos actores y verdaderos escenarios de la vida. El banco de un paseo, el asiento de un tranvía, la banqueta de un café, serían localidades de un teatro, en donde á cualquier hora se representan comedias interesantes y divertidas. Sólo que, por fortuna para los artistas, las gentes tienen ojos y no ven, oídos y no oyen. Han delegado estas supremas facultades en los artistas.

Un día llegará en que todos verán por sí mismos y los explicadores del *titirimundi* serán innecesarios. Entonces, cada uno compondrá sus comedias y sus novelas y sus cuadros y sus esculturas y entre los ojos y las almas no habrá intermediarios; vendedores de sol, como el de una admirable escena de *Rachilde*, en que, un charlatán, sobre el Puente Nuevo, ofrece á los transeuntes de París, mostrarles el espectáculo del sol poniente sobre la gran ciudad; y, en efecto, á todos les parece cosa nueva y nunca vista, como si las palabras del charlatán fueran el sol mismo.

Y, ¿qué otra cosa es el Arte sino la palabra de luz? Max-Linder y Toribio no se han contentado con ser la palabra, han querido que veamos la propia luz. Hemos visto el resorte del juguete. La curiosidad está satisfecha, la ilusión menoscabada.

Max-Linder y Toribio ya no serán los héroes fantásticos de mil aventuras extravagantes; serán... Max-Linder y Toribio. Ya sabemos que no son capaces de muchos imposibles, que la fotografía nos presentaba con engañadora verosimilitud. Ni caen de los tejados, ni trepan por las paredes, ni saltan entre leones, ni los automóviles pasan por su cuerpo. Un sencillo salto en la realidad causó á Max-Linder una caída que pudo ser de graves consecuencias. La realidad quiso vengarse de las mentiras fotográficas.

Será muy halagador para Max-Linder y Toribio escuchar en persona los aplausos del público, será muy lucrativa su exhibición para ellos y para sus empresarios; pero temo que, como tantos otros artistas, hayan vendido la primogenitura del ideal, por el plato de lentejas de la realidad.

XLVII

En noches pasadas he asistido á la representación de varias obras en teatros populares. En todos ellos se cultiva el llamado género chico. Salvo en el Coliseo Imperial, cuya empresa es digna de todo elogio por ofrecer al público con esmerada presentación un espectáculo de mayor decoro artístico.

El favor correspondiente del público demuestra muy claramente cómo no es siempre el público el que pide necedades y groserías; las acepta cuando no le ofrecen cosa mejor los que, por incapacidad de ofrecérsela, no hallan mejor disculpa.

Lo mismo afirman las empresas periodísticas cuando ofrecen á todo pasto revistas de toros, relatos de crímenes, fotograbados borrosos de actualidades insignificantes y toda suerte de telegramas inflados. Lo pide el público, es lo que le gusta al público. ¡ El